

Dragica Rajčić

Escritora, Premio Adelbert von Chamisso

Biografía en primera persona

Nací en 1959 en un pequeño pueblo del interior de Dalmacia (a 24 km de Split). Vivo en Suiza desde hace 37 años, con tres años de parón de por medio. Llegué aquí en el otoño de 1979, con veinte años y con mi título de bachillerato de la antigua Yugoslavia bajo el brazo. Conmigo venían mi hijo de dos años y un futbolista, mi marido. Vinimos a este país tras un intento fallido de quedarnos en Australia, y nos instalamos en la zona germanohablante de Suiza. Era incapaz de entender una sola palabra: aquello no tenía nada que ver con el alemán que hablaban los turistas que visitaban mi patria en verano, sino que se trataba más bien de un dialecto difícil de entender y aún más difícil de pronunciar. Los suizos de mi entorno hablaban el dialecto Schwyzerdütsch (alemán de Suiza), por lo que aprendí lo que aquí denominan Hochdeutsch (alemán oficial) a base de escuchar las noticias de la televisión. Esto habría sido menos trágico si toda mi existencia, por así decirlo, no hubiera girado en torno al lenguaje. Ya desde la infancia había decidido convertirme en escritora (en poetisa, *pjesnikinja* en croata), y hasta los diecisiete años había publicado muchos poemas en revistas para niños y jóvenes. Tampoco podía vivir sin libros y cuanto más leía más necesitaba (cosa que me sigue ocurriendo), porque los devoraba, literalmente hablando, pero en Suiza todavía no era capaz de leer ningún libro.

Tuve otros dos hijos. Mi marido jugaba al fútbol en la segunda división. Yo ganaba el dinero para mantener a mi familia limpiando, haciendo tareas del hogar. Empecé escribiendo relatos breves sobre la vida en un país rico desde el punto de vista de aquellas personas que sirven a otras doce horas al día, y lo publiqué en Zagreb en croata. Mandé tres poemas a la revista literaria *Orte* y poco después, en 1986, una pequeña editorial se ofreció a publicar mis

poemas. En el plazo de tres semanas escribí mi primer libro de poemas en mi alemán aprendido de oído con el título *Halbgedichte einer Gastfrau* (podría traducirse como *Poemas a medias de una mujer huésped*)¹. Eran conceptos que no encajaban para nada: ni mujer huésped que trabajaba, ni poemas a medias... Y, sin embargo, mi libro de poemas fue un éxito. De pronto, el público se dio cuenta de que las silenciosas trabajadoras inmigrantes sabían escribir poesía. Se habló más de lo que yo hacía para ganarme el pan que de mis poemas.

En 1988 le di la espalda a Suiza y volví con mis tres hijos a la antigua Yugoslavia, donde estuve trabajando como periodista. En 1991 huí de aquel país y me refugié en Suiza, debido a la guerra que se estaba avecinando. Mis hermanos lucharon como soldados de la Defensa Nacional hasta que la guerra terminó en Croacia en 1995. Desde mi regreso a Suiza he publicado otros cinco libros en verso y en prosa, y dos de mis obras de teatro sobre el destino de los refugiados han sido representadas en Suiza y en Alemania. En 2004 inicié los estudios de sociología cultural en la HSA (Escuela Superior de Trabajo Social) y cuando me gradué en 2006 di clases de Escritura Creativa en el Instituto de Literatura de Biel/Bienne (Suiza). En 2007 y 2008 disfruté de una residencia de dos años en Estados Unidos (Kentucky, Lexington y el programa de IWP de Iowa). He recibido muchos premios literarios y becas, entre ellos el premio promocional Adelbert von Chamisso, que se concede a autores cuya lengua materna no es el alemán, el Premio Meran de Poesía (1994) o el Premio Ciampi Valigie Rosse (Livorno). Escribo en un alemán de creación propia que no tiene muy en cuenta las reglas ortográficas y gramaticales. De este modo, el lector se ve obligado a asumir el rol del extranjero. El lenguaje se vuelve de nuevo extraño, se convierte en una materia que ha de ser reelaborada. Mi especial relación con el uso correcto de la lengua alemana es objeto de mucha discusión tanto en las conferencias de germanistas como fuera de ellas.

¹ La palabra “Gastfrau” ironiza sobre la diferencia de significado entre los términos “Gast” (invitado, huésped) y “Gastarbeiter” (trabajador inmigrante). Cuando la autora emplea el término “Gastfrau”, está haciendo una referencia sarcástica a su condición de inmigrante, que dista de las comodidades de las que gozaría un huésped.

Mis poesías están traducidas al inglés, al ucraniano, al ruso, al polaco y al croata. El día 24 de septiembre recité algunos de estos poemas en una lectura que formaba parte de las Jornadas 'Espacio-Sentimiento-Patria/Aberria/Heimat: Representaciones literarias tras 1945', celebradas en la Facultad de Letras de la Universidad del País Vasco (Vitoria-Gasteiz).

Reflexiones sobre las causas de la situación actual en Europa del Este

Veinte años han transcurrido desde el fin de la guerra en la antigua Yugoslavia. Ese espacio lo conforman ahora seis nuevos países, seis estados-nación independientes. Bosnia y Herzegovina es el que se ha enfrentado a mayores problemas, ya que allí no es posible establecer un límite territorial claro: aún forma parte del mismo la República Srpska, un estado fantasma. Cada uno de estos seis países, como ya lo hiciera la Yugoslavia socialista, confecciona su historia a partir de nuevos (antiguos) mitos. La demarcación de las fronteras parece tener prioridad, aunque Eslovenia y Croacia han ingresado en la Unión Europea en 2004 y 2014, respectivamente. El mapa geográfico y sus fronteras constituyen hoy un cerco para todas aquellas personas que huyen por tierra de Oriente Medio. La dramática imagen de los cadáveres de refugiados encontrados en un camión abandonado en Austria refleja la situación de los mismos en los estados del este de Europa a través de los cuales huyen muchos refugiados, por ejemplo los procedentes de Siria. Uno puede enterarse de muchas cosas gracias a los medios de comunicación, pero las causas de la guerra y del Estado Islámico son apenas comprensibles para los profanos en esta materia. Muchos países de la UE se adhieren al convenio sobre los refugiados (Hungría, Grecia) y no permiten que estos entren en su país. El gesto de la canciller alemana, Angela Merkel, de no aplicar, por una vez, la legislación vigente ante la situación de crisis humanitaria, ha llevado a que más gente haya puesto rumbo a Alemania. El compromiso cívico de los ciudadanos (la mayoría de las veces de carácter

apolítico) es muy, muy grande, según lo que he observado tanto en Croacia como en Austria, Suiza o Alemania. Por ejemplo, he sido testigo de cómo la gente de a pie se ha dirigido a las estaciones de tren y se ha desplazado hasta Hungría. Acciones de este tipo solo tuvieron lugar tras la Revolución húngara y la invasión de Checoslovaquia, acontecidas el siglo pasado. El gran poder de la compasión hacia los refugiados es increíble y esperanzador. Por otra parte, las fuerzas populistas están en fase de expansión poco antes de las elecciones y basan su oportunidad de triunfar en el miedo al Islam y en la pérdida de valores. Hay que tomar medidas inmediatas, ¿pero cómo hacerlo si Europa no se presta a un debate profundo que verse sobre las exportaciones de armas a países en guerra y sobre las verdaderas causas de la contienda? El filósofo esloveno y teórico cultural Slavoj Žižek afirma lo siguiente en una entrevista concedida al periódico austriaco *Der Standard*: "Max Horkheimer ya dijo en los años treinta que los que no quieren ser críticos con el capitalismo deben permanecer en silencio sobre el fascismo, y creo que esto ha de aplicarse al fundamentalismo actual: quien no quiera hablar de forma crítica de la democracia liberal, deberá permanecer callado cuando se aborde el tema del fundamentalismo religioso. El Estado Islámico está bien organizado en lo que se refiere a la propaganda por internet, a la gestión financiera, etc. También utiliza prácticas ultramodernas para difundir e imponer una visión ideológica y política que no es, en primer lugar, conservadora, sino que más bien supone un paso desesperado hacia una clara delimitación jerárquica, sobre todo entre los que gobiernan la religión, la educación y la sexualidad". En el campo de la literatura, el conocimiento político y estético ha avanzado muy despacio, por lo que va creciendo la impaciencia, sobre todo en estos tiempos de crisis.

Durante estos últimos veinte años, desde que finalizara la guerra en la antigua Yugoslavia, me he ocupado de investigar cómo surgen el nacionalismo y la violencia entre vecinos, qué causas conducen a ello y qué medidas podrían tomarse en contra de esta tendencia, también por parte del arte en general y de la literatura en particular. De este camino hacia el conocimiento he

extraído algunas ideas clave, las cuales aparecen en mi último libro *Warten auf Broch* (2011) (la traducción al español sería *Esperando a Broch*). He escrito esta obra durante mi residencia en Estados Unidos, donde investigué acerca del escritor, filósofo y matemático de origen judío Hermann Broch (1886-1951). Broch se refugió de los nazis, fue un industrial e intelectual de origen austríaco que murió, totalmente sumido en la pobreza, de un ataque al corazón en 1951. Este escritor fue uno de los primeros en diagnosticar el delirio colectivo que suponía el creciente nacionalismo de la década de 1930 en Alemania y Austria. En sus novelas, *Die Schlafwandler* (traducida al español como *Los sonámbulos*) y *Die Verzauberung* (traducida como *El maleficio*), el autor lamenta la desintegración de los valores (principalmente de la fe católica y de la moral burguesa), que lleva a los protagonistas a sentir miedo y refugiarse en una ideología del **"nosotros"** que, al parecer, hace fuerte al individuo, ya que opera con la idea de que **"el mundo me pertenece"**. Al otro lado queda un **"yo"** solo y abandonado en el mundo, que en lugar de **"el mundo me pertenece"** solo puede decir **"estoy en el mundo"**. Las figuras mesiánicas, tanto en el pasado como hoy en día, quieren liberar a las masas del miedo y atarlas de forma demagógica mediante promesas que, disfrazadas de racionalidad, exigen la muerte del otro, del que es diferente. La salvación de las personas a través de la muerte ajena, dice Broch, se contrapone a la certeza de cada individuo sobre su propia muerte, que a la luz de esos conocimientos se enfrenta al desafío de desarrollar su Yo, lo que sin embargo (según Broch) no es realizable por un individuo solo. Como forma de salir de este enredo consciente e inconsciente, Broch cree que las personas deben relacionarse entre sí desde la honradez y el sentido común, término que (según él afirma) ha quedado anticuado. Esta sería una condición necesaria para la coexistencia pacífica y la actuación en comunidad. En su gran poema *Der Tod des Vergil* (traducido como *La muerte de Virgilio*), que escribió durante la Segunda Guerra Mundial, Broch canta a las últimas diecisiete horas de vida del poeta romano Virgilio, que incluso en su lecho de

muerte quiere destruir su *Eneida* porque su amigo Augusto contempla de brazos cruzados la desintegración del Imperio Romano y tira así por la borda todos los ideales a los que canta la epopeya nacional. Aparte de eso, Virgilio siente que su obra no es lo bastante hermosa. Él desearía “destruir el lenguaje y destruir los nombres para que vuelva a surgir la misericordia”. Un nuevo comienzo en la Tierra sin los horrores del recuerdo lingüístico es tanto para el poeta Virgilio como para Hermann Broch una solución fatalista pero plausible en tiempos apocalípticos.

Al final del libro, Virgilio se declara a favor del poder de su amistad con Augusto y perdona la vida a la *Eneida*, no porque conciba de una manera nueva el papel del poeta en el ámbito político, sino porque reconoce el valor del vínculo entre las personas (de la amistad masculina), sin ilusión por la política ni por la pureza de la poesía. Tras un largo período ocupándome de las obras y de los escritos teóricos de Broch, he llegado a entender que en nuestro mundo y tiempo actuales podemos y deberíamos aprender mucho de ellos. El autor muestra cómo la brecha entre la incertidumbre y el desamparo del individuo es utilizada por falsos profetas con el fin de que las personas estén dispuestas a destruirse unas a otras en nombre de unos supuestos ideales. Un Tribunal Internacional de Crímenes y un derecho natural (un certificado de nacimiento como habitante de la Tierra) eran ya en 1937 las reivindicaciones de Broch en la *Völkerbund-Resolution* (*Resolución de la Sociedad de Naciones*) que él mismo elaboró. Con Hannah Arendt (al igual que él, filósofa en el exilio y de origen judío) debatió en su momento de manera vehemente y controvertida. Hannah Arendt era de la opinión de que las personas solo podrían estar protegidas habiendo nacido en un país concreto que pudiera garantizar sus derechos, y no creía factible la categoría de “ciudadano del mundo” sin unos derechos estatales determinados. Esta problemática es hoy evidente en el caso de la comunidad romaní en Kosovo (un pueblo sin estado propio), entre otros ejemplos. Sin embargo, ¿cómo va a llegar el ciudadano actual a la mayoría de edad en lo que a su actuación política se refiere si solo

se le toma en consideración como factor del mercado global? ¿No estamos sentenciados ya, como escribió Friedrich Nietzsche, a ser "el último hombre", carente de pasión ni responsabilidad, incapaz de soñar, cansado de la vida, incapaz de asumir riesgos y solo pendiente de su propia comodidad y seguridad? ¿Concibe "el último hombre" la libertad como la libre circulación del capital, de los datos financieros y de los datos de carácter personal? Y, ¿qué pasa entonces con la democracia? ¿Se trata de una democracia de los mercados, y el proceso político se centra en temas que no le importan al capital, tales como las luchas culturales? Hermann Broch defiende que la capacidad humana de empatizar con un "tú" es la manera de salir de esta ideología de bienes de mercado, y sus palabras están secundadas por el psiquiatra Arno Gruen: la civilización se basa en la cooperación, no en la competitividad.

Sin empatía no hay democracia, dice Arno Gruen. Tenemos que volver a aprender a sentir y a traer esos sentimientos al centro de nuestra conciencia. ¿Y quién, si no la literatura y la poesía, nos va a mostrar el camino?

Traducción del alemán: Iraide Talavera